

FILOSOFIA Y FATALIDAD *

CARLOS MELLIZO

Aunque redacto esta comunicación antes de haber asistido a las sin duda valiosísimas y sugestivas presentaciones de mis colegas en torno al tema propuesto, me atrevo a profetizar que la mayoría de ellas habrá venido a resumirse en una declaración de esperanza filosófica. ¿Cómo podría ser de otro modo? Claudicar *nosotros* ante las amenazas que hoy cercan a la filosofía y ante el peligro ocasionado por su posible crisis interna, fuera renunciar a una parte quizá sustancial de nuestras propias vidas.

Pero si esa reacción esperanzada y espontánea es tan loable como comprensible, no es menos cierto que una posterior labor de reflexión resulta necesaria para matizar, hasta extremos tal vez insospechados, la justificación de aquel primer impulso inmediato.

El para qué de la filosofía a lo largo de los siglos ha dado lugar a múltiples y variadas respuestas. Su papel ancilar, por ejemplo, conservado de algún modo por la neo-escolástica actual, fija y determina con dogmatismo ejemplar cuáles son los alcances, los deberes, las funciones y los límites de su razón de ser. Es probable que, en toda su compleja y dilatada historia, no haya encontrado la filosofía mejor acomodo. Supeditada a exigencias superiores de valor reconocido y de importancia suma, su servidumbre y su carácter de disciplina auxiliar, reducen las dimensiones de su horizonte e imponen al filósofo una regla de limitaciones y sacrificios. Mas, por otro lado, dan al quehacer filosófico una clara identidad propia y resuelven de una

* Presentado como comunicación a las XVIII Reuniones Filosóficas de la Universidad de Navarra (abril de 1981), sobre el tema general «¿Para qué filosofía hoy?».

vez por todas buena parte de su problematismo. El sosiego que preside las labores del filósofo teologal, evidente en los tratados clásicos de esa naturaleza, llega hasta suscitar la envidia de quienes no participan en el gozo de tantísimos logros.

Pero junto a esa función de seguridad y servidumbre, la filosofía se ha visto embarcada en muchas otras. Con el racionalismo en su sentido más estricto, parece como si la faena filosófica, sin perder las garantías de seguridad y certeza que encontrara al amparo de la teología y del Dogma, cobra vuelo propio. Y elevándose por encima de toda duda verdadera, se arrima a la matemática y consigue constituirse en un cuerpo autónomo de una belleza jamás igualada y de una perfecta coherencia. Si en el primer caso los dictados y las normas provenían, en último término, de un preciso legado de Escrituras y Tradiciones, ahora es la razón humana, y sólo ella, la que impera. Se invocan, pues, sin atarse a ninguna otra deuda o compromiso, los auténticos valores de la razón misma. Ella es, a un tiempo, juez y artífice de su propia obra, y todo lo demás se somete y se ciñe a sus absolutas exigencias. Es el rizar del rizo en el menester filosófico, la completa y admirable síntesis —a trueque, claro está, de distorsionar, o, simplemente, de olvidar los entresijos de lo real.

Paradójicamente, aquellas concepciones filosóficas que con más entusiasmo han proclamado el triunfo de sus contenidos, son las que con mayor insistencia han traicionado el cotidiano proceder de las cosas. Si hay, en éste o en cualquier otro tiempo, un grupo de abanderados que capitanean la disociación a la que se aludía en la convocatoria a las presentes *Reuniones*, no cabe duda de que éstos son y han sido siempre los fervorosos de la razón pura. Ortega, tan censurado por su tendencia a la frase sonora y provocativa, dejó dicho algo que en esta circunstancia es de obligada recordación. Suya es la grave advertencia de que, hoy y siempre, «es demasiado fácil pensar». La profundidad del aviso no puede pasarnos inadvertida, cuando ORTEGA añade que «la mente, en su vuelo, apenas si encuentra resistencia», y que «por eso es tan importante para el intelectual palpar objetos materiales y aprender en su trato con ellos una disciplina de contención. Sin las cosas que se ven y se tocan, el presuntuoso espíritu no sería más que demencia».

Una *disciplina de contención* es el ingrediente de que han carecido los racionalismos de toda suerte. Y en eso ha consistido su pecado y su condena.

Mas si el para qué de la filosofía se ha frustrado en su modalidad más ambiciosa, en otras de menor rango ha tenido mejor fortuna. Así, el carácter lúdico de ciertas formas del filosofar ha venido a descubrirnos un propósito en el que hasta hace relativamente poco nadie había puesto la debida atención. Hace falta reconocer que un correctivo de esta clase era necesario toque de alerta frente a muchas —no todas— soluciones metafísicas. Opino que existe entre los de nuestro gremio una facción de filósofos que, sin duda con buena intención, aunque por causas para mí desconocidas, han dado en entregarse a *metafisizar* con ocasión y sin ella, como si en esa entrega hubiese alguna virtud redentora. Para ellos, el término «*metafísica*» ha llegado a ser sinónimo de exclusiva *recta via* en la que creen encontrar una especie de salvoconducto que garantiza la importancia y la ortodoxia de sus pesquisas. Si no fuera porque la observación peca de obvia, yo me atrevería a decir aquí que, en puridad, la faena metafísica es de suyo indiferente a toda caracterización moral, y que, en consecuencia, no cabe entregarse a ella con otras miras que las que se refieren a un simple estilo filosófico. En principio, nada más.

La filosofía como pasatiempo parece responder con acierto al para qué de su existencia. Y si de lo que se trata es de pronunciarse sobre la posible función social del compromiso filosófico, justo es decir que esta modalidad la cumple con creces, procurando a quienes la practican el más excelso de los entretenimientos. Quizá sea ésta, entre los mortales, la suma y más desinteresada diversión. Ajena al propósito de solucionar graves y eternos asuntos, viene a limitarse, por ejemplo, a deshacer enredos en tal o cual sistema de palabras o de números.

Todo filosofar, hasta el más empeñado en críticas cuestiones de éste o del otro mundo, tiene siempre una componente lúdica que lo ennoblece. Vano sería tratar de excluir ese elemento crucial de la vida del filósofo. Aunque más abajo trataremos de sugerir cuál es la nota más íntima que caracteriza a cualquier filosofía, preciso es subrayar la dignidad de toda acción que consigue entretener inocuamente las soledades de nuestro espíritu. Una tradición de siglos, rigurosa e injusta, ha querido ver en el ánimo de los filósofos, exclusivamente, una severa regla de renuncia y sacrificio. La imagen del filósofo *serio* es tan extendida, que resulta difícil extirparla de nuestro repertorio de creencias habituales. Se ha ignorado, y especialmente en el mundo germánico y en los que por él se guían, la cara diver-

tida de la dedicación filosófica. Y se olvida que muchos notables pensadores de todos los tiempos han seguido la huella de DIÓGENES, quizá para encontrar una magna salida a su aburrimiento. Claro está que excluyo aquí a ese pequeño grupo de adolescentes españoles que en los últimos años han tratado de carnavalizar la filosofía, y cuyo mayor error ha consistido en no saber callarse.

Cabe aún, entre muchas otras, una posibilidad más. Ha sido sobre todo en nuestro siglo, aunque no sólo en él, cuando ese para qué filosófico se ha resuelto en una especie de diagnóstico doloroso de lo que, en palabras de tantos pensadores existenciales, es la *condición humana*. Digo que no pertenece solamente a las últimas generaciones esta diagnosis de la enfermedad que aqueja al hombre como tal. Y lo digo así, porque, de un modo u otro, pareja actitud puede encontrarse en todo tiempo y lugar. Por poner un brevísimo ejemplo, podríamos recordar a ciertos individuos de nuestro propio pasado, que sintieron, con igual o mayor intensidad que nuestros contemporáneos, los rigores más genuinos de la angustia existencial. Así Huarte Sabuco, Pérez de Oliva, Francisco Sánchez. De este último, médico gallego emigrado a la vida de Toulouse durante la segunda mitad del siglo XVI, hombre dado a los paseos y a los libros, es aquella sentencia que seguramente firmarían todos los epígonos de Unamuno:

«Cuando estoy en la calle o en la plaza», confiesa el buen Sánchez, «nunca dejo de meditar. Y nunca estoy menos ocioso que cuando estoy ocioso, y nunca menos solo que cuando estoy solo: conmigo llevo al enemigo y no puedo evadirlo»

Esta filosofía como diagnosis tampoco se propone solucionar nada. Pero en su encomiable modestia, suele mostrar una desmedida afición por mitificar el sufrimiento. Parece como si algunos de estos filósofos existenciales hubieran hecho voto de tristeza y que, con la costumbre, encontrasen mayor satisfacción en diagnosticar el mal que en procurar su cura.

Muy pocos son los motivos filosóficos que en tan breve tiempo han quedado aquí apuntados. La grave pregunta *¿Para que filosofía hoy?* implica sin duda una llamada al recto orden de las cosas. Pero a la vista de tanta dispersión en sus fines, resulta problemático asignarle a la filosofía esa función sintética y comprensiva que tanto se

echa de menos. No está claro que la filosofía haya siempre pretendido eso, ni, desde luego, que haya logrado nunca alcanzarlo verdaderamente. Tan múltiples han sido las orientaciones filosóficas en el correr de los siglos, que parece adecuada, para representar tanta variedad, la imagen de la Hidra Lerne a la que solían recurrir algunos de nuestros clásicos.

Todo lo cual hace pensar si no habremos estado forzando, al preguntarnos por el para qué de la filosofía, la que tal vez sea su más auténtica condición.

Se ha reparado desde muy antiguo en la peculiar naturaleza del filósofo y en el carácter endémico de su misión, un carácter, evidentemente, del que no participan ni el teólogo, ni el científico, ni ese Homo faber de nuestra hora, que vive prendido de la acción y que beatíficamente ignora todo lo que no sea el *hic et nunc* de lo que se trae entre manos. Pero a esa nota de perpetua insatisfacción que va aneja a las actitudes filosóficas más rigurosamente tales, hay que añadir una más.

Cierto que el propósito consciente del filósofo puede variar en su orientación, en su última finalidad y en sus métodos. Mas por debajo de todo ello hay siempre, sin excepción alguna, una necesidad de raíz que en buena medida hace secundario y marginal cualquier otro «para qué» premeditado y concreto. Esta condición previa suya, da al quehacer filosófico una categoría que lo distingue de cualquier otro abiertamente deliberado y voluntario, y es, al mismo tiempo, la causa más verdadera de su supervivencia. Tan pocos son los éxitos rotundos del filósofo, y tan exigente su tarea, que el impulso primario y determinante de la filosofía ha de encontrar su origen en los ámbitos del instinto, y no en los del propósito. Por eso es por lo que la disolución y muerte de la filosofía resulta impensable. Y hasta tal punto es ello así, que cabría imaginar el caso extremo de una filosofía por la filosofía, como posibles son el arte por el arte y la acción por la acción.

Preguntarse por el último para qué de la actividad filosófica es naturalmente, una cuestión legítima. Incluso, fuera permisible esperar de ella una como función salvadora que viniese a componer lo descompuesto y a encaminar al perdido. Sin embargo, no cabe alarmarse ante sus fracasos, ni entender sus fallas como síntomas de destrucción.

Es preciso insistir : En su ser más propio, la filosofía empieza

por ese *Innatum homini velle scire*, inevitable, indeterminado y fatal, que antecede y subyace bajo todo lo demás.

Sin llevar las cosas al exceso de la beatería, creo que es oportuno reparar en lo que hay de verdad en una concepción de la filosofía como disciplina que adquiere su valor dentro de sí misma, y en lo que de forzoso destino hay en ella. No hace falta calar muy hondo para darse cuenta de que quienes ejercen esa rama del trabajo intelectual, experimentan en sus vidas una esencial *permutatio* que los separa irremisiblemente del resto de los mortales y que impone en ellos un modo de existencia extraño y singular. Es la pregunta por la motivación radical de ese cambio lo que ha hecho decir a más de un verdadero filósofo que su actividad responde a llamadas de naturaleza inexplicable. Y es, sobre todo, en aquellas filosofías que se juzgan menos capaces para resolver, dictar y decidir, en las que cobra mayor dramatismo la fatalidad de su condición.

Meditaba un viejo pensador español en la última razón que lo obligaba a trocar una vida de placeres inmediatos y de seguras satisfacciones, por otra de sacrificios, riesgos y búsquedas de incierto suceso. Y tras darle vueltas al asunto, tuvo que limitarse a responder: *Nescio. Sic fata ferunt*. En el fondo, esa declaración es una garantía y un consuelo.